

Dos riojanismos muy singulares: haberío tapabulleros

TEXTO: José María Pastor Blanco

FOTOGRAFÍAS: Carlos Sieiro del Nido

El habla utilizada a diario por los riojanos encierra formas de extraordinario interés. Ocultas bajo el secular manto del castellano común quedan aquí incontables voces de notable arraigo desconocidas de la lengua oficial que hemos escuchado desde siempre y que, acaso por esa misma familiaridad, pasan desapercibidas en el habla cotidiana e impiden se las aprecie en su justo valor.

A la memoria de D. Carlos Martínez Galarreta



haberío

En determinadas ocasiones, la presencia misma de una palabra en un territorio nos ofrece interesante información sobre la vida diaria de sus gentes o incluso sobre su historia pasada. Ese es el caso de la voz *haberío* (o *habrío*), escuchada en Cervera del Río Alhama y Valverde de Cervera con el valor semántico de ‘mulo, animal de carga y de labor’. Es una voz extendida por diferentes áreas peninsulares con las más diversas acepciones, pero que en las hablas vivas del valle del Ebro parece mantener especial arraigo.

Primitivamente, *habere* o *haberío* parece haber tenido el significado colectivo de ‘hacienda, conjunto de animales domésticos que tiene una casa’ por ser éstos los principales bienes del hombre rústico por excelencia, y así perdura hasta hoy, por ejemplo, en las hablas de la provincia de Cuenca. A partir de ahí, y según la especie principal de ganado que predominaba en cada región o valle, pasó a significar ‘conjunto de ganado lanar’, en unos sitios, ‘las bestias de carga’, en otros, ‘el ganado vacuno’, en otros, etc.

haberío designa el conjunto de ganado lanar, las bestias de carga, el ganado vacuno, etc.

En el País Vasco, por ejemplo, como la riqueza del aldeano esencialmente se asocia con el número de cabezas de lanar que encierra en el prado o en el establo, el sustantivo *abere* tiene el valor de ‘rebaño de ovejas’ y de él se ha derivado el adjetivo *aberatz* ‘rico’. Lo mismo ocurre en Cataluña, donde existe el término popular *averia* para designar todo el ‘conjunto de ovejas’ que posee un pastor.

En otros lugares, en cambio, como la pobreza de ganado allí es notable y el patrimonio ganadero de cada vecino a menudo se reduce a un solo animal –un caballo o una yegua, un pollino, un mulo, una vaca–, los términos



populares *haber*, *haberío*, *habrío*, etc. se aplican referidos siempre a una sola bestia: así sucede en Galicia, donde *haber* es sinónimo de ‘res vacuna’; o en Álava, donde *abre* es la ‘caballería’, como se ha observado en el pueblo de Lagrán; o incluso en la soriana tierra de Pinares, donde *haberío* o *habrío* es el ‘asno’; y también, como hemos observado, en el valle del Alhama y en el pueblo soriano de Almazán, donde –al igual que sucede en Aragón y Navarra– *haberío* o *habrío* son sinónimos de ‘mula o macho’, animales tradicionalmente empleados hasta hoy en las tareas cotidianas de labor y carga.

El testimonio más antiguo que poseemos de una voz emparentada con *haberío* es el sustantivo *haber* ‘hacienda, bienes’, utilizado ya por el anónimo autor del *Alexandre* (cf. 1773d: “*Non comprarián las luas aver de dos casados*”) y por Berceo (cf. Milagros 627c: “*Espendié sos averes, dávalos en baldón*”), surgido del verbo latino *habere* ‘tener, poseer’.

tapabulleros

Un importante yacimiento de información dialectal suele constituirlo también el universo léxico de los juegos tradicionales ya que, profundizando en él, puede llegar a descubrirse, no ya sólo viejas costumbres y formas de relación social hoy prácticamente olvidadas, sino, sobre todo, antiguos fenómenos idiomáticos autóctonos de insospechado interés. Tal es el caso del tradicional juego infantil conocido como el *tapabulleros* (o *tapagujeros*), que muchos de nosotros habremos practicado y disfrutado en otro tiempo cuando, llegada la época de lluvias, las calles o las plazas se cubrían de barro ofreciéndonos así de forma espontánea abundante arcilla humedecida, materia ideal para nuestros pasatiempos.

Aunque los niños de cada localidad aportaban sus pequeños detalles originales, este juego, en lo esencial, consistía en lanzar contra el suelo una masa hueca de barro, moldeada en forma de vaso, a fin de que reventara su base, produciendo una detonación característica. Así se recuerda todavía en puntos tan diversos como Alberite, Alfaro, Cervera, Cordovín, El Villar

de Arnedo, Enciso, Entrena, Logroño, Ojacastro, Pradejón, Rincón de Soto...y, en general, hasta hace bien poco, por toda La Rioja.

En días de lluvia, los niños utilizaban la tierra y el barro para jugar al *tapabulleros*.

Si tomamos como referencia los lances de este juego, tal como lo conocí y practiqué de niño en la localidad de Entrena, los jugadores solían ser varios, generalmente dos, provistos cada uno de ellos de su correspondiente pedazo de arcilla; el secreto consistía en ganarle, uno a uno, todo su barro a los contrarios. Para ello tiraban alternativamente, diciendo: “¡*tapabullero!*!”. El que venía a continuación, contestaba: “¡*tapo el bujero!*!”, y cubría el agujero con barro propio. Y así sucesivamente. Al final, ganaba aquél que, tras lanzar la masa moldeada contra el suelo, dejaba un hueco tal que, para tapanlo, el oponente necesitaba gastar toda su arcilla.

En Cervera del Río Alhama en cambio, los jugadores ponían como base una tabla con algunos agujeros; por turno y desde un lu-





gar convenido iban lanzando un puñado de arcilla; el que lograba tapar alguno de los agujeros, ganaba.

La forma compuesta originaria *-tapabulleros* (o *tapabullero*, en singular)- recibía además en suelo riojano diferentes variantes y denominaciones, con cruce frecuente de lexías por analogía o etimología popular; así, en los pueblos de Arnedillo, Cordovín y Villaverde de Rioja, se le denominaba *tapullero*; en el pueblo de Manjarrés, en cambio, se le decía *tapabullos*, en tanto que en Navarrete se le llamaba *tapaculero*, y en Villamediana, *tapafullero*. Pero la riqueza de formas no acababa ahí: en Anguiano, Badarán, Matute y en el mismo Villaverde de Rioja, se le decía *taputero*; por el juego del *bullero* se le conocía entre los muchachos de Ollauri, mientras en Varea se le llamaba *zampabullero* y en Soto de Cameros, *capullero*.

Fuera de La Rioja, el juego del *tapabullero* también era conocido en Navarra y se recuerda aún hoy, al menos, con idéntico nombre en los pueblos de Los Arcos y Corella; igualmente existía en Álava, donde se le denominaba *tapullero*, en tanto que por tierras vizcaínas se le decía *tapulero*.

Al margen de cualquier otra consideración de tipo etnográfico o sociocultural, lo inte-

Consistía en lanzar contra el suelo una masa hueca de barro, moldeada en forma de vaso, a fin de que reventara su base, produciendo una detonación característica.

resante en esta voz, desde el punto de vista dialectal, es el mantenimiento de la antigua palatal lateral procedente del grupo etimológico *-k'ʎ-*, contraria al resultado velar fricativo sordo ocurrido en castellano. Obsérvese que esta evolución, característica del primitivo romance riojano (cf. *spillu* 'espejo' y *uello* 'ojo': *Gl. Emil.* 115) y actualmente considerada como propia del oriente y occidente peninsular, en absoluto resulta extraña hoy entre las hablas vivas locales.

Carecemos de testimonios anteriores al s. XIX donde se acuse la voz, pero es muy probable que estemos ante una forma antigua, acaso mozárabe. Sobre su procedencia, parece claro que nos hallamos ante una composición de tipo imperativo *-tapa* (verbo *tapar*, gót. **tappa*)- más complemento *-abullero* 'agujero' (lat. vulgar **acuculariu*)-, muy común en nuestra lengua desde los primeros tiempos.